

JUAN FRANCISCO GUTIERREZ ha sabido colocarse, ayudado por la serenidad provinciana —que es una nota suya de poeta— en ese margen sin publicidad donde el hombre vive real y auténticamente su vida y cultiva, en una soledad más fecundamente vital, su canto.

Es un poeta de temperamento romántico, es decir (para no caer en equívocos) un poeta de una hondura de sentimientos muy americana, con un corazón parlante al que nunca amordaza, pero que le echa raíces en la tierra y que se expresa con una adjetivación, con una gramática de epítetos y formas sintácticas muy suya.

En este nuevo libro, Juan Francisco Gutiérrez añade una nota insistente, de reconcentrada violencia y casi siempre estallada en una gran tristeza elegíaca; la nota de su rebeldía militante, batallante, ardientemente nicaragüense. Todos los poemas de la primera parte de su libro son poemas presentando armas ante un túmulo donde reposa algún caído por la libertad.

Gutiérrez es oscuro. Quizás uno de los poetas más oscuros de la poesía nicaragüense. No porque no se entienda sino porque su paleta es sombría, sus imágenes de color generalmente onírico y nocturno, sus construcciones alógicas, subreales y sus recursos —sus "conjuros"—, sus materiales, absolutamente verbales. Su poesía es la del auténtico soñador. Pero es interesante que esta substancia de sueño y de materia nocturnal que Gutiérrez maneja sea, también, o tenga tanta tierra y untura campesina. Es un campesino el que sueña. Quizás pudiera ponerse en su epitafio —el epitafio sobre la tumba donde sueña, cama de matrimonio con la muerte y el amor, con la Libertad y el Amor— quizás pudiera ponerse:

Aquí yace un soñador rural

Pablo Antonio Cuadra

La Ciudad y

En el aniversario de la muerte de José Antonio Gutiérrez M.

...“La lluvia penetra por su boca, el aire como loco deja su pecho hundido”.

**De pie sobre una geografía de historia libertaria,
en la cruz nacional su perfil dolorosamente iluminado,
o arrimada como un lirio al paredón de la ternura;
a veces poseída, a veces despojada;
Diriamba tiene en el pecho un dolor sumergido;
una honda fatiga lunar en la sombra creciendo;
y un amor, como una moneda amotinada perpetuamente
(sonando).**

**No sólo las nocturnas palmeras lóbregamente estiradas
no sólo las polvorientas estrellas y las últimas torres,
puntiagudas escalas de un Jacob que aterido despierta,
e insomne y apagado, a sí mismo, inconforme se mira;
sino también el amor subterráneo que mensajes envía;
y el ayer de la muerte excavando en la vida, y el canto;
la elegía que duele como duelen las desnudas costillas;
y el musgo; y la escama, un largo sollozo le pintan
en latitudes amargas. José Antonio se llama
el sollozo; José Antonio en la muerte se llama.**

**Yo ví en los campanarios que el Sur del ojo avizora,
caer como vencidos, al viento y al lucero.
Vencida había sido la esperanza, todos fuimos vencidos;
y ramos de oscura muerte entre los ojos tuvimos.
Como un sepulcro, la patria se abría para recibirle.
Habrá caído para siempre su sueño, mas otros sueños galopan
sobre su delirio. Poned el oído en la tierra y oídlos!
Y cuando nuevas lunas nos traigan los obituarios en listas,
escritas con los ígneos tintes de todos los rojos estíos,
no le llaméis por su nombre: amigo, decidle.
Porque amigo es del barro que de leve lecho le sirve;
y ya el fermento de sus huesos en los cereales madruga,
para que se los coma la historia y se los coma el martirio.**

el Sollozo

JUAN FRANCISCO GUTIERREZ

Era un muchacho apenas e iba su juventud empuñando.
Subió el río de la muerte y en la Nicaragua celeste,
la guardia monta en inmortales rachas envuelto,
desde las almenas frontales de su Diriamba de estrellas.
¡Que florezca su vigilia, Señor, que florezca!
Y que su muerte, como en Tu divina parábola,
sea la fuerte y menuda semilla que desparraman los vientos,
en las tierras en donde la esperanza ya tiende,
un ancho y blanco mantel para los ágapes nuevos.

Como una espada reclamando en la memoria lo tenemos
El es quien la oculta claridad a mano abierta sostiene;
la intercalada ira y el perdón generoso de frente sostiene.
El es quien sacude la música de los complacientes,
con el balbuceo constante de la libertad y la muerte.
Fué brisa nueva en su pueblo y hoy es semilla impaciente.
Buscó banderas agudas para las astas desiertas,
buscó vientos; un pacífico claror de fogatas
para encender los sueños, el cantar, los alientos;
y encontró tierra y grama el ramalazo de su cuerpo.

Qué ruda muerte le dieron para sus sueños de novio,
de qué greñuda manera en el pecho se la dieron!
Ved cómo la muerte pudre las guitarras, las bocas;
pero mirad cómo los muertos se arman y la derrotan de cerca.
Sabemos que envió su esperanza a los llanos inermes,
y allí lo dejaron; tirado en el silencio.
Pero ahora regresa como un relámpago libre.
Nada pudo con él la raíz, el helecho, la trenza del plomo;
ni la carcoma pluviosa, ni el ataúd de los truenos.

Que pudiéramos reincorporarlo a las guitarras;
enseñarlo en el texto para que lo aprendan libremente,
el fuerte y el descalzo y el niño que florece.
Hoy su recuerdo se detiene en las gradas del canto
como un redoble en la conciencia; y deliberante, insurgente,
el rostro deposita en el cilicio ardiente. Luego,
lo descubré en un puñado de polvo que todos amamos.